

>> Editorial

Los últimos mohicanos digitales

Hannah Arendt (1906-1975)¹, publica por primera vez el libro *La condición humana* en el año 1958, en el refiere cómo deberían ser y han sido entendidas las "actividades humanas" a lo largo de la historia occidental. En su prólogo expone cómo los esfuerzos de numerosos científicos se están encaminando a producir vida también «artificial» y a cortar el último lazo que sitúa al hombre entre los hijos de la naturaleza. Este hombre futuro-que los científicos fabricarán antes de un siglo, según afirman- parece estar poseído por una rebelión contra la existencia humana tal como se nos ha dado. E insiste en que no habría razón para dudar de la capacidad para lograr tal cambio. La única cuestión dirá Arendt es si queremos o no emplear nuestros conocimientos científicos y técnicos en este sentido, y asevera que tal cuestión no puede decidirse por medios científicos, se trata de un problema político de primer orden y, por lo tanto, no cabe dejarlo a la decisión de los científicos o políticos profesionales.

El futuro del que hablaba Arendt es ya nuestro presente, la condición humana es ya condición digital. Esta digitalización conduce a la alteración de las capacidades humanas que, según Hannah Arendt, no pueden modificarse sin cambiar también la condición humana. De hecho, la digitalización masiva de nuestras capacidades conduce no solo a la alteración de nuestra condición, sino a la propuesta político-tecnológica de una serie de tipos sobrehumanos que, en realidad, parecen ser contrarios a algunos de los elementos que habían ido definiendo la condición humana en el siglo XX.

Tal como afirma Juan Luis Suarez² en el libro *La Condición Digital* (Trotta, 2023), la digitalización impulsa la traducción de todo lo que ya existía y el advenimiento de todo lo nuevo en términos de una ontología que crea, presenta, transporta y almacena la información mediante la combinación de bits. La digitalización no ocurre solo en dispositivos y sistemas ni opera exclusivamente en el ámbito de la información puesto que no existe una separación tajante entre la información digital y la realidad. En los procesos de digitalización la información digital es la realidad, por eso actualmente, la condición humana es condición digital.

Mientras tanto aún estamos vivos quienes hemos nacido en un tiempo analógico y de a poco y no sin dificultad estamos aprendiendo a trasladar nuestra vida a lo digital, somos «los últimos de los mohicanos» analógicos, los que aún ponemos resistencia, los que aun damos cuenta de la fricción.

¹ Nacida Johanna Arendt fue una filósofa, historiadora, politóloga, socióloga, profesora de universidad, escritora y teórica política alemana, posteriormente nacionalizada estadounidense,

² Catedrático de Humanidades Digitales en Western University, Canadá, donde dirige desde hace años el laboratorio de investigación digital The CulturePlex Lab. Doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca y doctor en Literaturas Hispánicas por McGill University, en Montreal, además de contar con un Global Executive MBA de la IE Business School.

La aceleración que se ha producido en las ciencias da cuenta de lo inexorable del tránsito de la condición humana a la digital. Y surgen propuestas que formulan límites digitales, y la presencia de una ética que ponga a resguardo lo más humano.

Y esto nos lleva a interrogarnos sobre el impacto que estos cambios puedan generar en la construcción de la subjetividad, la cual incluye lo emocional y lo simbólico y que se produce en sus relaciones y acciones dentro de un contexto social y cultural. Contexto que comienza a desgranarse hacia lo digital.

Sin embargo, los sentimientos, las emociones, las sensaciones, las pasiones, o la presencia del inconsciente -ya indiscutible- en nuestros sueños, en nuestros fallidos, chistes y síntomas, ¿cómo operan? Quizá debamos comenzar a pensar en ese entramado híbrido que comienza a gestarse en nuestra subjetividad a través de redes sociales digitales que imponen nuevos mandatos, que lejos de ir en la línea de la libertad y la autonomía se transforman en encerronas bajo nuevos formatos de control alienante.

Cabe preguntarnos si la función de la ética en la actualidad no es preservar nuestra subjetividad, nuestra humanidad.

Agosto 2024